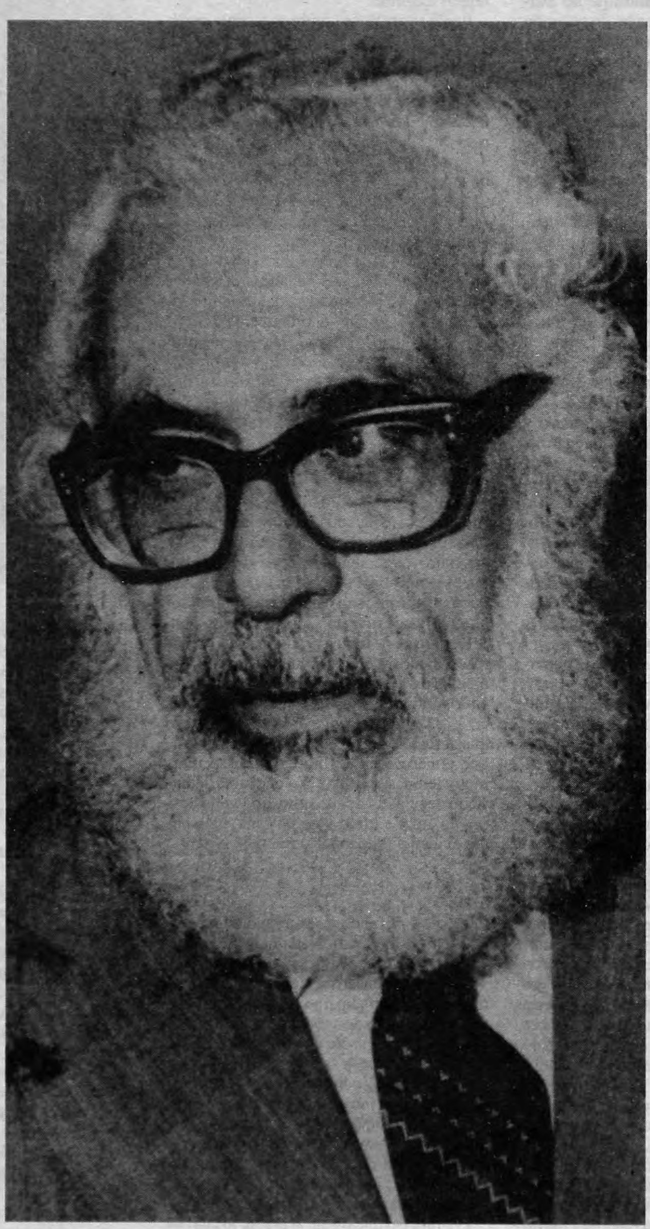
DI BENEDETTO



El corregidor

La novela *Zama,* de Antonio Di Benedetto, está ambientada en el Paraguay, a fines del siglo XVIII.

El personaje principal, Diego de Zama, antiguo corregidor, espera en esa lejana provincia del Imperio Colonial un nombramiento interminablemente demorado que le permita trasladarse a una ciudad importante o a la capital del virreinato.

A propósito de este libro, Graciela de Sola escribió: "En *Zama* alcanza su culminación el realismo profundo de Di Benedetto; fuerte, cruel, incisivo, supera las apariencias de las cosas y acoge en su seno los productos de la más pura fantasía creadora. El narrador desafía audazmente las categorías preestablecidas de espacio y tiempo sin eludir una honda compenetración de los planos reales, tanto humanos como geográficos. Su novela puede ser entendida como una epopeya del fracaso, pero también como una intensa pulsación de lo americano en sus dimensiones histórica y suprahistórica". *(Enciclopedia de la literatura argentina.)*

Publicamos a continuación los cinco primeros capítulos de la novela.

Presentación de Guillermo Piro.

ZAMA

1 Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua arriba.

Entreverada entre sus palos se manea la porción de agua del río que entre ellos recae.

Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrépito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no.

Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrobarme y en la lasitud semidespierta me ponía repentinos pensamientos traicioneros, de esos que no dan conformidad ni, por tiempos, sosiego. Hacía que me diese conmigo en cosas exteriores, en las que, si a ello me resignaba, podía reconocerme.

Esos temas quedaban sólo para mí, excluidos de la conversación con el gobernador y con todos, por mi escasa o nula facilidad para hacer amigos íntimos con quienes explayarme. Debía llevar la espera –y el desabrimiento– en soliloquio, sin comunicarlo. Como me lo decía ese a veces insolente Ventura Prieto, que se me arrimó aquella tarde, por cierto que no buscándome, sino yendo al azar. Consideraba que, en esta tierra llana, yo parecía estar en un pozo. Me lo dijo una vez, y más de una, lo dijo a otros, descuidándose de lo que todos sabían: que fui gallo de riña o al menos dueño de reñidero.

Apareció precisamente cuando me entretenía el mono y se lo enseñé, para distraerlo y atajar que me preguntara qué esperaba ahí. Y él, Ventura Prieto, que era inferior a mí, caviló un momento, como si buscara el medio de apabullarme en materia de curiosidades o descubrimientos. Luego me refirió una de esas que él llamaba investigaciones y yo ignoro si lo eran pero que, por sospechosas de insinuar comparación, me desconcertaban, dejándome repercusiones que podían superar lo sufrible.

Dijo que hay un pez, en ese mismo río, que las aguas no quieren y él, el pez, debe pasar la vida, toda la vida, como el mono, en vaivén dentro de ellas; aun de un modo más penoso, porque está vivo y tiene que luchar constantemente con el flujo líquido que quiere arrojarlo a tierra. Dijo Ventura Prieto que estos sufridos peces, tan apegados al elemento que los repele, quizá apegados a pesar de sí mismos, tienen que emplear casi íntegramente sus energías en la conquista de la permanencia, y aunque siempre están en peligro de ser arrojados del seno del río, tanto que nunca se les encuentra en la parte central del cauce, sino en los bordes, alcanzan larga vida, mayor que la normal entre los otros peces. Sólo sucumben, dijo también, cuando su compañero les exige demasiado y no pueden procurarse alimento.

Yo había seguido con viciada curiosidad esta historia, que no creí. Al considerarla, recelaba de pensar en el pez y en mí a un mismo tiempo. Por eso invité a Ventura Prieto a que regresáramos y retuve mis opiniones.

Procuré ocupar la cabeza en el motivo de mi caminata, en el hecho de que yo esperaba un barco, y si un barco entraba en él podría llegar algún mensaje de Marta y de los niños, aunque ella y ellos no vinieran, ni nunca hubiesen de venir.

2 Puedo apiadarme de mí, sin la vanidad de la maceración, si el temor no es ya de avergonzarme ante los demás, sino de exceder la medida que sin avaricia me concedo. Si admito mi disposición pasional, en nada he de permitirme estímulos ideados o buscados. Ninguna disculpa cabe frente al instinto que nos previene y no respetamos.

Me empujó el sol que, desembarazado ya de las nubes de tantos días sin tormenta, se había encendido hasta el blanco y allí conjugaba su sin color y su tersura fija y ardiente con la arena limpia que da visiones. Pude ver un puma y creerlo estático e inofensivo como una decoración, muy liso, sin detalles, como si no tuviera garras ni dientes, como si las curvas de su cuerpo no denunciaran elasticidad para el salto, sino docilidad y blanda disposición para alguna mano cariñosa. Por este puma no visto medité en los juegos que fueron o pueden ser terribles, no en el momento en que se juegan, sino antes o después.

Busqué el reparo frondoso del arroyo y entre los primeros árboles debí quedarme, porque venían, libres y confiadas, voces de mujeres excitadas por el goce del agua.

No obstante, me adentré y, embozado por la vegetación, vi un instante, de frente, desnudos cuerpos, morenos y dorado-oscuros, y de costado, ocultas las facciones, pues sólo distinguía una nuca y pelo recogido arriba, otro que no supe si era blanco o mulato. No quise seguir mirando, porque me arrebataba y podía ser mulata y yo ni verlas debía, para no soñar con ellas, y predisponerme y venir en derrota.

Huí. Pero era evidente que me habían notado y al percibirlo no precisé si entre el alboroto que escuchaba a mi espalda escuchaba alborozo.

Mis piernas se volvieron firmes en la zancada porque algo me advertía que era perseguido. Hombre no podía ser, porque los hombres no cuidan el baño de las mujeres; india sí o mulata, por la rapidez con que andaba fuera del sendero, donde hay maleza y los troncos se ponen delante.

Ella casi me daba alcance y este afán me advirtió que buscaba ver mi rostro, conocerme, que tal debía de ser el mandato de su ama y, entonces, resultaba que ella era blanca. Renegué de mi retirada, de haberla entrevisto apenas privándome de saber quién era. Tenía que volver a enfrentar lo que fuere: descubrirla y descubrirme.

No era posible.

Unicamente podía descargar en la espía el ímpetu que alimentaba mi ánimo defraudado.

Con un súbito vuelco a izquierda penetré entre los árboles y ella, alelada de sorpresa, no atinó a fugarse. Así como estaba, en cueros, la tomé del cuello ahogándole el grito y la abofeteé hasta secar el sudor de mis manos. De un empujón di con su cuerpo en el suelo. Se acurrucó volviéndome la espalda. Le apliqué un puntapié en la nalga y partí.

Conmigo iba la furia atenuada, dando paso a un pensamiento severo contra mí mismo: ¡Carácter! ¡Mi carácter!... ¡Ja!

Mi mano puede dar en la mejilla de una mujer, pero el abofeteado seré yo, porque habré violentado mi dignidad.

Aunque esto no fuera, aunque sólo fuese en el empaque el desorden, me sabía sin justificación por entregarme a la ira y a la represión en el prójimo de lo que yo mismo había engendrado en él.

3 Era de nuevo la siesta, que me hacía deseable, pero riesgoso, el lecho; era la siesta que, al menos ese día, tan cercano al del baño de las mujeres, no quería repetir a campo.

Era la siesta y ese hombrón terrible se me vino por la calle vacía como un meteoro de sol destinado a mí, entre todos los mortales, por potencias infalibles.

Me tomó de las ropas y yo quise contenerlo con un enérgico "¡Caballero!" No me escuchó, llamándome sin respiro "buscón de mujeres honestas" y"asqueroso mirón que ni se les atreve". En un confuso indignarme y comprender que se trataba del marido y saber quién era ella y tratar de desasirme, me grito "¡Habrá duelo!", y se fue y me dejó. Me dejó con la necesidad de seguirlo y sacudirlo, engañándome, conteniéndome, con la promesa del desquite futuro, porque, él dijo, habría duelo.

Pero no habría. Por toda la calle no pasaban más que una perra en celo y sus pretendientes de cuatro patas; en consecuencias, ningún testigo le exigiría el cumplimiento de su palabra, un anuncio explosivo que seguramente le bastó para quitarse la gana de darme un maltrato. De mi parte, peores flaquezas podía reprocharme.

Sin embargo, me juré que sería la última. Me dije que, si a sufrir ésa me avenía, era únicamente comprendiendo la razón de su arrebato, conociéndome culpable. Salvo que, yo alegaba, no debió insultarme. "Asqueroso mirón": son palabras que entran sin alternativa de olvido.

De ser así, de nunca producirse el proclamado duelo, ¿debía deducir que existe una medida para la satisfacción de la ofensa, aun en los individuos aparentemente más brutales? ¿Debía creer que, tal vez, el hombre que defiende con escaso celo a su mujer más que temeroso es un limitado por secretas motivaciones, que le vedan ocuparse demasiado de ella: un oculto odio, un lejano hastío, un amor extinto y no obstante para nadie evidente, ni para él siquiera?

4 El gobernador me entregó un incomprensible caso. Nada más me solicitaba que consulta y al pedido me atuve. No quise pensar si él, el gobernador, tenía o no autoridad para sacar de la cárcel a un reo, convicto de asesinato, y hacerlo ir a mi despacho con sólo un guardián al costado a "explicarme la situación", de modo de ver "por dónde y cómo procede la exención de cargos". Se imponía atenderlo y no darme por enterado de cómo llegó a mí ni con qué alta recomendación y designios del recomendante. Era preciso que yo cuidase mi estabilidad, mi puesto, justamente para poder desembarazarme de él, del puesto.

Era preciso que oyese al preso, lo cual en pocos momentos se me pintó imposible, por cuanto no es posible oír a quien no habla. Estaba cerrado, no con dureza, sino con ausencia, en callar sobre el meollo de la cuestión, esto es, la trama de su delito.

El guardián, con mucho comedimiento, de atrás del preso me advirtió que debíamos temer una crisis de llanto o no sé qué desgarramiento de orden sentimental.

No era, pues, un individuo temible, sino un quebrantado.

Por ahorrarme la escena que, quizás, yo mismo había provocado con la desnudez del interrogatorio y el fastidio que me sobrevino demasiado pronto, lo dejé solo, con el guardián que, más que vigilarlo, parecía hacerlo objeto de su protección.

En el intervalo, creo que por cambiar de humor, pasé al cuarto donde trabajaba Ventura Prieto. Le narré el caso de mudez que había dejado tras la puerta.

No tuve que arrepentirme, pues Ventura Prieto, con un no desdeñoso "Así no andará", me pidió autorización para tratarlo y ayudarme.

Merced a una sonrisa de amigo, que bien podía parecerlo por asemejarse escasamente a lo que se supone sea un funcionario, Ventura Prieto pudo hacer que ese espíritu clausurado se entregara brevemente.

La mirada baja, una respetable pesadumbre gravando el acento de su voz, dijo aquel mozo que fue apuesto y estaba prematuramente marchito:

–Yo era un tenaz fumador. Una noche, con espanto, observé que me había nacido un águila de murciélago...

Se interrumpió.

Con la escasa declaración nos inquietó lo suficiente como para desear que no enmudeciera de nuevo. No lo hizo. Había advertido que las palabras no respondían enteramente a su pensamiento y procuraba, mediante un repaso mental, una justa coordinación. Muy luego, recomenzó y compuso su discurso.

–Yo era un tenaz fumador. Una noche quedé dormido con un tabaco en la boca. Desperté con miedo de despertar. Parece que lo sabía: me había nacido un ala de murciélago. Con repugnancia, en la oscuridad busqué mi cuchillo mayor. Me la corté. Caída, a la luz del día, era una mujer morena y yo decía que la amaba. Me llevaron a pri-

ZAMA

Por Antonio Di Benedetto

1 Salí de la ciudad, ribera abajo, al encuentro solitario del barco que aguardaba, sin saber cuándo vendría.

Llegué hasta el muelle viejo, esa construcción inexplicable, puesto que la ciudad y su puerto siempre estuvieron donde están, un cuarto de legua arriba.

Entreverada entre sus palos se manea la porción de agua del río que entre ellos recae.

Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrépito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos.

Ahí estábamos, por irnos y no.

Con ser tan mansa, cuidábame de la naturaleza de esta tierra, porque es infantil y capaz de arrobarme y en la lasitud semidespierta me ponía repentinos pensamientos traicioneros, de esos que no dan conformidad ni, por tiempos, sosiego. Hacía que me diese conmigo en cosas exteriores, en las que, si a ello me resignaba, podía reconocerme.

Esos temas quedaban sólo para mí, excluidos de la conversación con el gobernador y con todos, por mi escasa o nula facilidad para hacer amigos íntimos con quienes explayarme. Debía llevar la espera –y el desabrimiento– en soliloquio, sin comunicarlo. Como me lo decía ese a veces insolente Ventura Prieto, que se me arrimó aquella tarde, por cierto que no buscándome, sino yendo al azar. Consideraba que, en esta tierra llana, yo parecía estar en un pozo. Me lo dijo una vez, y más de una, lo dijo a otros, descuidándose de lo que todos sabían: que fui gallo de riña o al menos dueño de reñidero.

Apareció precisamente cuando me entretenía el mono y se lo enseñé, para distraerlo y atajar que me preguntara qué esperaba ahí. Y él, Ventura Prieto, que era inferior a mí, caviló un momento, como si buscara el medio de apabullarme en materia de curiosidades o descubrimientos. Luego me refirió una de esas que él llamaba investigaciones y yo ignoro si lo eran pero que, por sospechosas de insinuar comparación, me desconcertaban, dejándome repercusiones que podían superar lo sufrible.

Dijo que hay un pez, en ese mismo río, que las aguas no quieren y él, el pez, debe pasar la vida, toda la vida, como el mono, en vaivén dentro de ellas; aun de un modo más penoso, porque está vivo y tiene que luchar constantemente con el flujo líquido que quiere arrojarlo a tierra. Dijo Ventura Prieto que estos sufridos peces, tan apegados al elemento que los repele, quizá apegados a pesar de sí mismos, tienen que emplear casi íntegramente sus energías en la conquista de la permanencia, y aunque siempre están en peligro de ser arrojados del seno del río, tanto que nunca se les encuentra en la parte central del cauce, sino en los bordes, alcanzan larga vida, mayor que la normal entre los otros peces. Sólo sucumben, dijo también, cuando su compañero les exige demasiado y no pueden procurarse alimento.

Yo había seguido con viciada curiosidad esta historia, que no creí. Al considerarla, recelaba de pensar en el pez y en mí a un mismo tiempo. Por eso invité a Ventura Prieto a que regresáramos y retuve mis opiniones.

Procuré ocupar la cabeza en el motivo de mi caminata, en el hecho de que yo esperaba un barco, y si un barco entraba en él podría llegar algún mensaje de Marta y de los niños, aunque ella y ellos no vinieran, ni nunca hubiesen de venir.

2 Puedo apiadarme de mí, sin la vanidad de la maceración, si el temor no es ya de avergonzarme ante los demás, sino de exceder la medida que sin avaricia me concedo. Si admito mi disposición pasional, en nada he de permitirme estímulos ideados o buscados. Ninguna disculpa cabe frente al instinto que nos previene y no respetamos.

Me empujó el sol que, desembarazado ya de las nubes de tantos días sin tormenta, se había encendido hasta el blanco y allí conjugaba su sin color y su tersura fija y ardiente con la arena limpia que da visiones. Pude ver un puma y creerlo estático e inofensivo como una decoración, muy liso, sin detalles, como si no tuviera garras ni dientes, como si las curvas de su cuerpo no denunciaran elasticidad para el salto, sino docilidad y blanda disposición para alguna mano cariñosa. Por este puma no visto medité en los juegos que fueron o pueden ser terribles, no en el momento en que se juegan, sino antes o después.

Busqué el reparo frondoso del arroyo y entre los primeros árboles debí quedarme, porque venían, libres y confiadas, voces de mujeres excitadas por el goce del agua.

No obstante, me adentré y, embozado por la vegetación, vi un instante, de frente, desnudos cuerpos, morenos y dorado-oscuros, y de costado, ocultas las facciones, pues sólo distinguía una nuca y pelo recogido arriba, otro que no supe si era blanco o mulato. No quise seguir mirando, porque me arrebataba y podía ser mulata y yo ni verlas debía, para no soñar con ellas, y predisponerme y venir en derrota.

Huí. Pero era evidente que me habían notado y al percibirlo no precisé si entre el alboroto que escuchaba a mi espalda escuchaba alborozo.

Mis piernas se volvieron firmes en la zancada porque algo me advertía que era perseguido. Hombre no podía ser, porque los hombres no cuidan el baño de las mujeres; india sí o mulata, por la rapidez con que andaba fuera del sendero, donde hay maleza y los troncos se ponen delante.

Ella casi me daba alcance y este afán me advirtió que buscaba ver mi rostro, conocerme, que tal debía de ser el mandato de su ama y, entonces, resultaba que ella era blanca. Renegué de mi retirada, de haberla entrevisto apenas privándome de saber quién era. Tenía que volver a enfrentar lo que fuere: descubrirla y descubrirme.

No era posible.

Unicamente podía descargar en la espía el ímpetu que alimentaba mi ánimo defraudado.

Con un súbito vuelco a izquierda penetré entre los árboles y ella, alelada de sorpresa, no atinó a fugarse. Así como estaba, en cueros, la tomé del cuello ahogándole el grito y la abofeteé hasta secar el sudor de mis manos. De un empujón di con su cuerpo en el suelo. Se acurrucó volviéndome la espalda. Le apliqué un puntapié en la nalga y partí.

Conmigo iba la furia atenuada, dando paso a un pensamiento severo contra mí mismo: ¡Carácter! ¡Mi carácter!... ¡Ja!

Mi mano puede dar en la mejilla de una mujer, pero el abofeteado seré yo, porque habré violentado mi dignidad.

Aunque esto no fuera, aunque sólo fuese en el empaque el desorden, me sabía sin justificación por entregarme a la ira y a la represión en el prójimo de lo que yo mismo había engendrado en él.

3 Era de nuevo la siesta, que me hacía deseable, pero riesgoso, el lecho; era la siesta que, al menos ese día, tan cercano al del baño de las mujeres, no quería repetir a campo.

Era la siesta y ese hombrón terrible se me vino por la calle vacía como un meteoro de sol destinado a mí, entre todos los mortales, por potencias infalibles.

Me tomó de las ropas y yo quise contenerlo con un enérgico "¡Caballero!" No me escuchó, llamándome sin respiro "buscón de mujeres honestas" y"asqueroso mirón que ni se les atreve". En un confuso indignarme y comprender que se trataba del marido y saber quién era ella y tratar de desasirme, me grito "¡Habrá duelo!", y se fue y me dejó. Me dejó con la necesidad de seguirlo y sacudirlo, engañándome, conteniéndome, con la promesa del desquite futuro, porque, él dijo, habría duelo.

Pero no habría. Por toda la calle no pasaban más que una perra en celo y sus pretendientes de cuatro patas; en consecuencias, ningún testigo le exigiría el cumplimiento de su palabra, un anuncio explosivo que seguramente le bastó para quitarse la gana de darme un maltrato. De mi parte, peores flaquezas podía reprocharme.

Sin embargo, me juré que sería la última. Me dije que, si a sufrir ésa me avenía, era únicamente comprendiendo la razón de su arrebato, conociéndome culpable. Salvo que, yo alegaba, no debió insultarme. "Asqueroso mirón": son palabras que entran sin alternativa de olvido.

De ser así, de nunca producirse el proclamado duelo, ¿debía deducir que existe una medida para la satisfacción de la ofensa, aun en los individuos aparentemente más brutales? ¿Debía creer que, tal vez, el hombre que defiende con escaso celo a su mujer más que temeroso es un limitado por secretas motivaciones, que le vedan ocuparse demasiado de ella: un oculto odio, un lejano hastío, un amor extinto y no obstante para nadie evidente, ni para él siquiera?

4 El gobernador me entregó un incomprensible caso. Nada más me solicitaba que consulta y al pedido me atuve. No quise pensar si él, el gobernador, tenía o no autoridad para sacar de la cárcel a un reo, convicto de asesinato, y hacerlo ir a mi despacho con sólo un guardián al costado a "explicarme la situación", de modo de ver "por dónde y cómo procede la exención de cargos". Se imponía atenderlo y no darme por enterado de cómo llegó a mí ni con qué alta recomendación y designios del recomendante. Era preciso que yo cuidase mi estabilidad, mi puesto, justamente para poder desembarazarme de él, del puesto.

Era preciso que oyese al preso, lo cual en pocos momentos se me pintó imposible, por cuanto no es posible oír a quien no habla. Estaba cerrado, no con dureza, sino con ausencia, en callar sobre el meollo de la cuestión, esto es, la trama de su delito.

El guardián, con mucho comedimiento, de atrás del preso me advirtió que debíamos temer una crisis de llanto o no sé qué desgarramiento de orden sentimental.

No era, pues, un individuo temible, sino un quebrantado.

Por ahorrarme la escena que, quizás, yo mismo había provocado con la desnudez del interrogatorio y el fastidio que me sobrevino demasiado pronto, lo dejé solo, con el guardián que, más que vigilarlo, parecía hacerlo objeto de su protección.

En el intervalo, creo que por cambiar de humor, pasé al cuarto donde trabajaba Ventura Prieto. Le narré el caso de mudez que había dejado tras la puerta.

No tuve que arrepentirme, pues Ventura Prieto, con un no desdeñoso "Así no andará", me pidió autorización para tratarlo y ayudarme.

Merced a una sonrisa de amigo, que bien podía parecerlo por asemejarse escasamente a lo que se supone sea un funcionario, Ventura Prieto pudo hacer que ese espíritu clausurado se entregara brevemente.

La mirada baja, una respetable pesadumbre gravando el acento de su voz, dijo aquel mozo que fue apuesto y estaba prematuramente marchito:

–Yo era un tenaz fumador. Una noche, con espanto, observé que me había nacido un águila de murciélago...

Se interrumpió.

Con la escasa declaración nos inquietó lo suficiente como para desear que no enmudeciera de nuevo. No lo hizo. Había advertido que las palabras no respondían enteramente a su pensamiento y procuraba, mediante un repaso mental, una justa coordinación. Muy luego, recomenzó y compuso su discurso.

–Yo era un tenaz fumador. Una noche quedé dormido con un tabaco en la boca. Desperté con miedo de despertar. Parece que lo sabía: me había nacido un ala de murciélago. Con repugnancia, en la oscuridad busqué mi cuchillo mayor. Me la corté. Caída, a la luz del día, era una mujer morena y yo decía que la amaba. Me llevaron a prisión.

No habló más.

Compartimos su silencio.

Con los ojos indiqué al guardián que podía conducirlo de regreso.

También Ventura Prieto dijo que yo debía hallar la forma de salvarlo.

Se lamentaba de no haber visto el cuerpo acuchillado de la mujer morena. Quería saber por dónde la cortó.

5 Esta audiencia absorbente hizo acallar los estampidos que en mi corazón causaron los dos espaciados cañonazos anunciadores de la presencia de un barco.

El saco de correspondencia fue traído a la gobernación antes que yo pudiese salir, como otras veces, hasta el muelle, para acercarme más a las posibles novedades y al rostro de los marinos y contados viajeros de arribo.

El oficial mayor distribuyó concienzudamente sobre su mesa los envíos para cada cual, ninguno para don Diego de Zama, porque mis manos estaban destinadas a permanecer vacías otro largo tiempo.

Esta ausencia de noticias de Marta, de mis hijos y de mi madre me causó esa depresión que en más de una llegada de barco tuve que sufrir, pero que, al sumarse la cifra en el transcurso de los ya catorce meses de permanencia, me abatía aún más.

Al abandonar mi despacho, prescindí de ese espectáculo siempre deseable de otra embarcación grande y procelosamente viajera, en el puerto.

Me reduje a casa.

Pedía a una esclava una colación de huevos de gallina. Por desacostumbrado, ya que siempre comía fuera, esto atrajo la atención de las hijas de mi huésped, don Domingo Gallegos Moyano, y determinó que más tarde una de ellas se aproximara a mi aposento con oferta de mate, que acepté.

Consagré la segunda mitad del día a una epístola, detenida y quejosa, a Marta, para que el barco la llevase en su camino río abajo.

Desenvolvía despacio en mi mente el viaje de la carta, por agua hasta Buenos-Ayres, por tierra después centenares de leguas con su rumbo oeste, y me dolían los reproches, frescos aún en el papel que mi esposa, lejana y sin su hombre, habría de leer tres, cuatro meses más tarde, quizá en un día en que yo fuese feliz. Pero no modifiqué mi escrito.

En mi retiro, hacia el crepúsculo, tuve el anuncio de un visitante.

Como ignoraba cuál barco había arribado, asimismo desconocía que el capitán era mi amigo, el oficial Indalecio Zabaleta, a quien abracé con fuerza y cariño.

Entreví que, si me buscaba tan pronto, apartando los asuntos que normalmente ocupan a un capitán en su primer día de puerto, algo traía para mí. Pero alguien distinto capturó mi atención, antes de hacerle cualquier pregunta.

Más allá de la puerta, en la galería, estaba detenido –contenido, me pareció– un niño. Ciertamente, venía con Indalecio y podía ser hijo de éste. Sin embargo, no me importaba eso, sino sus facciones, noblemente agitadas, y los ojos, anunciadores de un desborde que, al volverse el capitán hacia él, se produjo sin aguardar otro estímulo. Corrió y se volcó en mis brazos, estremecido por un sollozo que, se me ocurrió, era de gusto y entusiasmo.

Acertaba. Indalecio me lo explicó, impresionado, tal vez orgulloso, por el arrebato de su vástago.



–En el viaje le he dicho quién era el doctor don Diego de Zama.

El doctor Diego de Zama con el homenaje, imprevisible y tocante, de un mozuelo de doce años. Ese reconocimiento hacía contrapeso a tantos olvidos y disminuciones soportados en días y días hasta aquella tarde.

¡El doctor don Diego de Zama!... El enérgico, el ejecutivo, el pacificador de indios, el que hizo justicia sin emplear la espada. Zama, el que dominó la rebelión indígena sin gasto de sangre española, ganó honores del monarca y respeto de los vencidos. No era ése el Zama de las funciones sin sorpresas ni riesgos. Zama el corregidor desconocía con presunción al Zama asesor letrado, mientas éste se esforzaba por mostrar, más que un parentesco, cierta absoluta identidad que aducía. Mostrábale al corregidor antiguo la asesoría, en rango segundo en toda la extensión de la provincia, exactamente luego de la gobernación. Pero, al hacerlo, Zama asesor sabía, sin que pudiera esconderlo, que en este país, más que en los otros del reino, los cargos no endiosan, ni se hace un héroe sin compromiso de la vida, aunque falte la justificación de una causa. Zama asesor debía reconocerse un Zama condicionado y sin oportunidades.

A esta altura del duelo, Zama el menguado podía sospechar que Zama el bravío quizás no tuvo tanto de aguerrido y temible: un corregidor de espíritu justiciero puede seducir fácilmente la voluntad de esclavos estragados por meses de represión más que violenta, cruel.

Yo fui ese corregidor: un hombre de Derecho, un juez, y esas luces, en realidad, sin ser las de un héroe, no admitían ocultamiento ni desmentidos de su pureza y altura. Un hombre sin miedo, con una vocación y un poder para terminar, al menos, con los crímenes. Sin miedo.

"Le he dicho quién *era Zama*." Un resplandor de mi otra vida, que no alcanzaba a compensar el deslucimiento de la que en ese tiempo vivía.

Zama *había sido* y no podía modificar lo que fue. Podía creerse que me determinaba un pasado exigente de mejor porvenir. Ese niño, el hijo de Indalecio, venía a reclamármelo con su emoción admirativa.

Sin embargo, yo veía el pasado como algo visceral, informe y, a la vez, perfectible. Por los elementos nobles no dejaba de reconocer algo –lo más– pringoso, desagradable y difícil de capturar como los intestinos de un animal recién abierto. No renegaba de eso; lo tomaba como una parte de mí, incluso imprescindible, aunque no hubiese intervenido en su elaboración. Más bien, yo esperaba ser yo en el futuro, mediante lo que pudiera ser en el futuro.

Tal vez creía serlo ya y vivir en función de esa imagen que me aguardaba adelante. Tal vez ese Zama que pretendía parecerse al Zama venidero se asentaba en el Zama que fue, copiándolo, como si arriesgara, medroso, interrumpir algo.

Mediado el aguardiente, supe que Indalecio estuvo en Buenos-Ayres con mi cuñado, gestor ante el virrey del traslado que estrictamente me correspondía y precisaba tener.

Las promesas eran para un tiempo incierto, pero de signos positivos.

A cambio del anuncio, en el que confiaba, aunque a medias, ya que poseía algunos rasgos de reiteraciones fallidas, entregué al capitán una confesión de mis necesidades: no apetecía tanto un ascenso como la ubicación en Buenos-Ayres o en Santiago de Chile, porque mi carrera estaba estancada en un puesto que, se me insinuó con el nombramiento, implicaba apenas un fugaz interinato. Y esto más: entre mi mujer y yo mediaba la mitad de la longitud de dos países y todo lo ancho del segundo.

No obstante, quizá por la presencia de la criatura, me guardé la confesión total: hasta qué punto la distancia implicaba tortura, por la rigurosa lealtad guardada a Marta, aunque a mi conciencia no pudiera explicarle claramente por qué le era tan fiel. Cenamos en la posada.

De regreso, tan tarde, pude maravillarme del señorío solitario de la Luna y, con el empuje del alcohol, sentirme predispuesto a igualarlo ante cualquier situación de prueba. Las calles solitarias, bordeadas de casonas y baldíos en sombras, el terreno accidentado en su depresión hacia el río, eran propicios a la sorpresa que mi estoque, ciertamente, sabría responder sin cortedad.

Me sentía valeroso e inmensamente dispuesto a amar, esa noche.

Tuve, como predestinado, la sorpresa y una mujer hermosa y fresca conmigo.

Como la hora era ya tan alta, entré a la casa por los fondos, utilizando la reservada portezuela del huerto, más allá del patio de los sirvientes.

Creo que mi presencia, inesperada en [illegible] lugar y tan tarde, desbarajustó algo. Calculo que alguien pudo fugarse o esconderse demasiado bien antes que yo entrara.

Pero alguien más quedó sin poder disimularse bastante. Intentó un tardío escape al abrigo de los paredones y la distinguí mujer, sin identificarla. Con diez pasos largos muy tácticos, llegué adonde podía cortarle el paso; y ella, sin duda viéndose irremediablemente interceptada, no se detuvo.

Avanzaba directamente y esos instantes de espera quizá calaron más en mí que en ella, porque tuve el optimismo y la audacia de concebir rápidas esperanzas.

Era Rita, la menor de las hijas de don Domingo, mi huésped. Lo supe cuando aún nos separaban cuatro varas de distancia, pese a la mantilla que apenas limitaba la claridad de la Luna sobre su rostro. Mujer lunar, me dije, por conferirle embrujo al trance; pero otro era el estremecimiento que mandaba en mis sentidos.

No había dado dos pasos más y cayó al suelo. Había tropezado. Corrí a ayudarla, aunque ya medio se ponía de pie y evidentemente no precisaba socorro. Mas yo, descontrolado, para aprovechar, la tomé de atrás y terminé de alzarla mientras mis manos codiciosas hacían presión sobre sus pechos. Eran blandos, como muy tocados.

Me cobraba el silencio que guardaría sobre su escapada nocturna. Descubría intenciones sin el menor reparo. Ella las ignoró. Repuesta, suave, desentendida de mi abrazo, me miró con resolución a los ojos, me dijo unas quedas palabras de agradecimiento, como correspondiendo a un gran favor, y con dignidad y cautela se retiró hacia las habitaciones.

No podía imputarme atrevimiento ni abuso. Lo entendió muy pronto. A su vez, me hizo entender que no me temía.

Me demoré en la huerta. Un rato estuve vuelto hacia el sitio por donde ella había desaparecido. Supongo que debo de haber permanecido estúpidamente envarado y absorto.

Después, reaccionando, me recosté en un retazo de hierba fragante. Necesitaba que un rato más me asistiera el encanto de aventura a descubierto de esa noche. Porque se me había revelado una posibilidad, bajo mi propio techo. Blanca y española; muy joven. Mis manos sabían que no era pura.

Zama, de Antonio Di Benedetto (Alianza, 1986).

A

Por Antonio Di Benedetto



sión.

No habló más.

Compartimos su silencio.

Con los ojos indiqué al guardián que podía conducirlo de regreso.

También Ventura Prieto dijo que yo debía hallar la forma de salvarlo.

Se lamentaba de no haber visto el cuerpo acuchillado de la mujer morena. Quería saber por dónde la cortó.

5 Esta audiencia absorbente hizo acallar los estampidos que en mi corazón causaron los dos espaciados cañonazos anunciadores de la presencia de un barco.

El saco de correspondencia fue traído a la gobernación antes que yo pudiese salir, como otras veces, hasta el muelle, para acercarme más a las posibles novedades y al rostro de los marinos y contados viajeros de arribo.

El oficial mayor distribuyó concienzudamente sobre su mesa los envíos para cada cual, ninguno para don Diego de Zama, porque mis manos estaban destinadas a permanecer vacías otro largo tiempo.

Esta ausencia de noticias de Marta, de mis hijos y de mi madre me causó esa depresión que en más de una llegada de barco tuve que sufrir, pero que, al sumarse la cifra en el transcurso de los ya catorce meses de permanencia, me abatía aún más.

Al abandonar mi despacho, prescindí de ese espectáculo siempre deseable de otra embarcación grande y procelosamente viajera, en el puerto.

Me reduje a casa.

Pedía a una esclava una colación de huevos de gallina. Por desacostumbrado, ya que siempre comía fuera, esto atrajo la atención de las hijas de mi huésped, don Domingo Gallegos Moyano, y determinó que más tarde una de ellas se aproximara a mi aposento con oferta de mate, que acepté.

Consagré la segunda mitad del día a una epístola, detenida y quejosa, a Marta, para que el barco la llevase en su camino río abajo.

Desenvolvía despacio en mi mente el viaje de la carta, por agua hasta Buenos-Ayres, por tierra después centenares de leguas con su rumbo oeste, y me dolían los reproches, frescos aún en el papel que mi esposa, lejana y sin su hombre, habría de leer tres, cuatro meses más tarde, quizá en un día en que yo fuese feliz. Pero no modifiqué mi escrito.

En mi retiro, hacia el crepúsculo, tuve el anuncio de un visitante.

Como ignoraba cuál barco había arribado, asimismo desconocía que el capitán era mi amigo, el oficial Indalecio Zabaleta, a quien abracé con fuerza y cariño.

Entreví que, si me buscaba tan pronto, apartando los asuntos que normalmente ocupan a un capitán en su primer día de puerto, algo traía para mí. Pero alguien distinto capturó mi atención, antes de hacerle cualquier pregunta.

Más allá de la puerta, en la galería, estaba detenido –contenido, me pareció– un niño. Ciertamente, venía con Indalecio y podía ser hijo de éste. Sin embargo, no me importaba eso, sino sus facciones, noblemente agitadas, y los ojos, anunciadores de un desborde que, al volverse el capitán hacia él, se produjo sin aguardar otro estímulo. Corrió y se volcó en mis brazos, estremecido por un sollozo que, se me ocurrió, era de gusto y entusiasmo.

Acertaba. Indalecio me lo explicó, impresionado, tal vez orgulloso, por el arrebato de su vástago.

–En el viaje le he dicho quién era el doctor don Diego de Zama.

El doctor Diego de Zama con el homenaje, imprevisible y tocante, de un mozuelo de doce años. Ese reconocimiento hacía contrapeso a tantos olvidos y disminuciones soportados en días y días hasta aquella tarde.

¡El doctor don Diego de Zama!... El enérgico, el ejecutivo, el pacificador de indios, el que hizo justicia sin emplear la espada. Zama, el que dominó la rebelión indígena sin gasto de sangre española, ganó honores del monarca y respeto de los vencidos. No era ése el Zama de las funciones sin sorpresas ni riesgos. Zama el corregidor desconocía con presunción al Zama asesor letrado, mientras éste se esforzaba por mostrar, más que un parentesco, cierta absoluta identidad que aducía. Mostrábale al corregidor antiguo la asesoría, en rango segundo en toda la extensión de la provincia, exactamente luego de la gobernación. Pero, al hacerlo, Zama asesor sabía, sin que pudiera esconderlo, que en este país, más que en los otros del reino, los cargos no endiosan, ni se hace un héroe sin compromiso de la vida, aunque falte la justificación de una causa. Zama asesor debía reconocerse un Zama condicionado y sin oportunidades.

A esta altura del duelo, Zama el menguado podía sospechar que Zama el bravío quizás no tuvo tanto de aguerrido y temible: un corregidor de espíritu justiciero puede seducir fácilmente la voluntad de esclavos estragados por meses de represión más que violenta, cruel.

Yo fui ese corregidor: un hombre de Derecho, un juez, y esas luces, en realidad, sin ser las de un héroe, no admitían ocultamiento ni desmentidos de su pureza y altura. Un hombre sin miedo, con una vocación y un poder para terminar, al menos, con los crímenes. Sin miedo.

"Le he dicho quién *era Zama*." Un resplandor de mi otra vida, que no alcanzaba a compensar el deslucimiento de la que en ese tiempo vivía.

Zama *había sido* y no podía modificar lo que fue. Podía creerse que me determinaba un pasado exigente de mejor porvenir. Ese niño, el hijo de Indalecio, venía a reclamármelo con su emoción admirativa.

Sin embargo, yo veía el pasado como algo visceral, informe y, a la vez, perfectible. Por los elementos nobles no dejaba de reconocer algo –lo más– pringoso, desagradable y difícil de capturar como los intestinos de un animal recién abierto. No renegaba de eso; lo tomaba como una parte de mí, incluso imprescindible, aunque no hubiese intervenido en su elaboración. Más bien, yo esperaba ser yo en el futuro, mediante lo que pudiera ser en el futuro.

Tal vez creía serlo ya y vivir en función de esa imagen que me aguardaba adelante. Tal vez ese Zama que pretendía parecerse al Zama venidero se asentaba en el Zama que fue, copiándolo, como si arriesgara, medroso, interrumpir algo.

Mediado el aguardiente, supe que Indalecio estuvo en Buenos-Ayres con mi cuñado, gestor ante el virrey del traslado que estrictamente me correspondía y precisaba tener.

Las promesas eran para un tiempo incierto, pero de signos positivos.

A cambio del anuncio, en el que confiaba, aunque a medias, ya que poseía algunos rasgos de reiteraciones fallidas, entregué al capitán una confesión de mis necesidades: no apetecía tanto un ascenso como la ubicación en Buenos-Ayres o en Santiago de Chile, porque mi carrera estaba estancada en un puesto que, se me insinuó con el nombramiento, implicaba apenas un fugaz interinato. Y esto más: entre mi mujer y yo mediaba la mitad de la longitud de dos países y todo lo ancho del segundo.

No obstante, quizá por la presencia de la criatura, me guardé la confesión total: hasta qué punto la distancia implicaba tortura, por la rigurosa lealtad guardada a Marta, aunque a mi conciencia no pudiera explicarle claramente por qué le era tan fiel. Cenamos en la posada.

De regreso, tan tarde, pude maravillarme del señorío solitario de la Luna y, con el empuje del alcohol, sentirme predispuesto a igualarlo ante cualquier situación de prueba. Las calles solitarias, bordeadas de casonas y baldíos en sombras, el terreno accidentado en su depresión hacia el río, eran propicios a la sorpresa que mi estoque, ciertamente, sabría responder sin cortedad.

Me sentía valeroso e inmensamente dispuesto a amar, esa noche.

Tuve, como predestinado, la sorpresa y una mujer hermosa y fresca conmigo.

Como la hora era ya tan alta, entré a la casa por los fondos, utilizando la reservada portezuela del huerto, más allá del patio de los sirvientes.

Creo que mi presencia, inesperada en ese lugar y tan tarde, desbarajustó algo. Calculo que alguien pudo fugarse o esconderse demasiado bien antes que yo entrara.

Pero alguien más quedó sin poder disimularse bastante. Intentó un tardío escape al abrigo de los paredones y la distinguí mujer, sin identificarla. Con diez pasos largos muy tácticos, llegué adonde podía cortarle el paso; y ella, sin duda viéndose irremediablemente interceptada, no se detuvo.

Avanzaba directamente y esos instantes de espera quizá calaron más en mí que en ella, porque tuve el optimismo y la audacia de concebir rápidas esperanzas.

Era Rita, la menor de las hijas de don Domingo, mi huésped. Lo supe cuando aún nos separaban cuatro varas de distancia, pese a la mantilla que apenas limitaba la claridad de la Luna sobre su rostro. Mujer lunar, me dije, por conferirle embrujo al trance; pero otro era el estremecimiento que mandaba en mis sentidos.

No había dado dos pasos más y cayó al suelo. Había tropezado. Corrí a ayudarla, aunque ya medio se ponía de pie y evidentemente no precisaba socorro. Mas yo, descontrolado, para aprovechar, la tomé de atrás y terminé de alzarla mientras mis manos codiciosas hacían presión sobre sus pechos. Eran blandos, como muy tocados.

Me cobraba el silencio que guardaría sobre su escapada nocturna. Descubría intenciones sin el menor reparo. Ella las ignoró. Repuesta, suave, desentendida de mi abrazo, me miró con resolución a los ojos, me dijo unas quedas palabras de agradecimiento, como correspondiendo a un gran favor, y con dignidad y cautela se retiró hacia las habitaciones.

No podía imputarme atrevimiento ni abuso. Lo entendió muy pronto. A su vez, me hizo entender que no me temía.

Me demoré en la huerta. Un rato estuve vuelto hacia el sitio por donde ella había desaparecido. Supongo que debo de haber permanecido estúpidamente envarado y absorto.

Después, reaccionando, me recosté en un retazo de hierba fragante. Necesitaba que un rato más me asistiera el encanto de aventura a descubierto de esa noche. Porque se me había revelado una posibilidad, bajo mi propio techo. Blanca y española; muy joven. Mis manos sabían que no era pura. ■

...nedetto (Alianza, 1986).





Florencio Varela en vivo

El sábado 30 y el domingo 31 siguen las Fiestas Solidarias Bonaerenses: Teresa Parodi, Víctor Heredia, Ricki Maravilla, Chango Farías Gómez, Trío Laurel, Los Chakales, Sebastián y Marcela Morelo pondrán su sello musical en una movida que convocará a todos los vecinos de Florencio Varela y alrededores.

A partir de estas Fiestas, la Subsecretaría de Cultura pudo lograr uno de los objetivos deseados: reunir cultura con afecto y solidaridad. La entrada de un peso y la recaudación de los insumos vendidos se destina a una entidad de bien público convocada por el municipio en donde se realiza el encuentro.

Estas Fiestas Solidarias nacieron el 11 de diciembre pasado para conmemorar los 50 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Ya pasaron por los escenarios de ***Luján, Berazategui y Lanús*** cantantes de la talla de ***León Gieco, Mercedes Sosa, Memphis, Aquellarre y Los Fabulosos Cadillacs,*** entre otros, quienes fueron aplaudidos por una concurrencia de 80.000 personas. Los eventos continuarán durante los fines de semana del verano en otros distritos del Conurbano. Cada megaconcierto es acompañado por charlas informativas sobre diversos temas tales como reciclaje y ecología; muestras; grupos de teatro callejero y ferias de artesanos.


Nito Mestré y León Gieco estuvieron en la Fiesta Solidaria de Lanús.

*En **Florencio Varela la cita es en el Fortín La Tropilla,** Av. San Martín y Granaderos, a las 20.*
El sábado 30 participarán *Chango Farías Gómez, Trío Laurel, Teresa Parodi y Víctor Heredia.*
El domingo 31 *Los Chakales, Sebastián, Marcela Morelo y Ricki Maravilla.*

Centro Cultural Teatro Auditorium

Actividades a desarrollar en los distintos Espacios y Salas del Auditorium,dependiente de Cultura Bonaerense

Sala Astor Piazzolla

20,22 ,23 21:30hs: *Los Chalchaleros*
25 y 26 21:30 hs: *Iñaki Urlezaga y* el Ballet del Teatro Argentino en *"Don Quijote"*
19 21:30: *Maximiliano Guerra*
20 21:30: La Missisippi
21 22, 23, 24: 20:00: *"La Flaca Escopeta"* Espectáculo infantil con Linda Peretz y elenco. La divertida heroína presenta una nueva aventura con canciones y personajes disparatados.
24 21:30: *"Aplausos"* (danza contemporánea), Anahí Ramos
19 y 25 23:30: *"Viva tango"*, con la orquesta de Leonard Bacardi
Todos los Miércoles y jueves.
0:30: Cine Arte Auditorium
23, 24 0:30: *"La mancha de Robin Hood"*, presentada por el Teatro Taller La Mancha de la Universidad Popular de Belgrano, y la dirección general de María Inés Falcioni. El juego con anacronismos y referencias de los personajes a su propia historia literaria pauta una tónica de humor, que se acentúa por la caracterización de los personajes, siempre al borde del desquicio caricaturesco.

Sala Gregorio Nachman

21 al 24 23:00: *"Perlas quemadas"*, de Fernando Noy, con Quique Canellas, Miriam Odorico y Martín Churba.

19, 25 y 26 21:00: *"Atahualpa, destino del canto"*. Suma Paz junto al Indio Urquiza y Carlos Parisotti.
21 al 24 21:00: *"Stefano"*, de Armando Discépolo con Francisco Cocuzz
22 y 29 0:30: *"El hombre que nada"* (teatro), con José Minuchin
23, 24 0:30: *"Los protagonistas"*. Dirección de Julio Lascano
20, 27 1:00: *"Ay, poeta!"*, Grupo de Teatro del Mar, con la dirección de Tanya Barbieri.
19 y 26 23:00: *"Jettatore"*, dirección de Jorge Ahamendaburu
25 23:00: *"Más fuertes que el pecado (amantes)"*, Carlos Estrada y Erika Walner

Teatro Roberto J. Payró

19 y 26 20:00: *"La mesa de los recuerdos"*, con Homero Cárpena y elenco. Entrada gratuita.
20 al 24 21:30: *"Cuestión de hombres"*, de Alberto Drago con el grupo de teatro Barracas al sur.
22,23 0:00: *"Zirco Punk"*, con la dirección de Luis De Mare
19 y 26 22:00: *"Antología de Zarzuela"*, director Arturo Vega Godoy
25 22:00: *"Payrock"*. Grupos locales y nacionales.
24 23:30: *"Ay Carmela"*
Martes a domingos, a las 20 *"Criollitos"*, espectáculo infantil sobre textos de Atahualpa Yupanqui

Cultura a Toda Costa



En una conferencia de prensa atípica, y con la participación de actores, deportistas, animadores, artistas y delegaciones de los distritos bonaerenses, se lanzó en el Hotel Hermitage de Mar del Plata "Cultura a Toda Costa", un programa que abarca las playas bonaerenses desde Carmen de Patagones hasta San Clemente del Tuyú.

Mientras los zancudos y actores mostraban sus habilidades anticipando los espectáculos que brindarán en los balnearios, se anunció este programa sin precedentes en la Provincia, que comprende variedad de propuestas, animaciones, juegos, concursos y recitales en cada uno de los cuales se espera la participación activa de los veraneantes.

Programa de actividades:

Espectáculos itinerantes:
Dos escenarios móviles viajarán todo el verano llevando espectáculos, música, teatro, charlas, cine y títeres. Uno de ellos recorrerá los distritos costeros del norte partiendo de General Pueyrredón; el otro irá hacia el sur saliendo inicialmente desde ese mismo lugar.

Animación en playas:
Diez equipos de artistas y animadores organizan diariamente juegos, bailes, actuaciones, concursos y comparsas en distintos puntos de las playas bonaerenses.

Recitales en Las Toscas:
Durante enero y febrero, delegaciones culturales representativas de cada región bonaerense, mostrarán al país sus virtudes en el escenario marplatense de Las Toscas. Estos grupos estarán integrados por artistas locales y ganadores y finalistas de los Torneos Juveniles Bonaerenses y Torneo Abuelos Bonaerenses.

Cronograma
(en todos los casos a partir de las 18)

Martes 19 Y Miércoles 20
Tigre, San Fernando, San Isidro, Vicente López, Gral San Martín, Tres de Febrero.

Jueves 21, Viernes 22, Sabado 23
Malvinas Argentinas, José C. Paz, San Miguel, Hurlingham, Morón

Lunes 25, Martes 26, Miércoles 27
Moreno, Merlo, Ituzaingó, La Matanza, Ezeiza